



EN BÚSQUEDA

www.enbusquedabogota.cc





Mutante.Lab



▪ PUNTO LAB ▪

EN BÚSQUEDA BOGOTÁ

Narrativa Interactiva Transmedia

www.enbusquedabogota.cc

Bogotá, Colombia.
2014

Durante años la multinacional colombiana Vitreo se ha posicionado como una de las compañías más importantes a nivel mundial en el desarrollo de tecnologías de seguridad biométrica.

En 2014 lanzó al mercado el lente inteligente IV3. En medio de un panorama de vigilancia y control múltiples fuerzas en búsqueda de un mundo libre de la dictadura tecnológica luchan contra esta mega corporación.

#StopVitreoCyborgs





Capítulo 1

A medida que se sumerge en las blancas entrañas de Bogotá, Raúl Díaz se obliga a contener un recuerdo súbito: los ojos inquisidores de su padre no tienen cabida hoy en la sede de Vítreo. Hoy menos que nunca, cuando necesita de toda su sangre fría para dar los pincelazos finales a su obra maestra. El Lente Duplicador estará al origen de la revolución biométrica. Será su florero de Llorente para romper con el pasado.

El recuerdo es reprimido a veinte metros bajo tierra cuando se abren las puertas del ascensor. Esos ojos familiares que aún parecen decir “cuando sea grande tiene que ser coronel, como yo” quedan atrás con el smog perfumado de rosas y las horas infinitas de embotellamientos para quienes todavía salen de sus casas. En uno de esos trancones legendarios se consumaron quince matrimonios, diez lunas de miel y diecisiete divorcios, se planearon los estatutos de una nueva constitución y se diseñaron los planos del gran edificio blanco de Vítreo. Allí está la sede internacional de los genios en seguridad informática y biométrica, trabajando sobre terreno salvaje, en donde sus inventos se ponen a prueba cada minuto con el ingenio maquiavélico de cerebros igualmente poderosos: los malhechores y criminales colombianos.

Esta mañana Raúl Díaz ha atravesado la puerta de cristal de Vítreo sin saludar a los celadores y recepcionistas. Estando tan cerca de los cuarenta años ha optado por la eficiencia y aunque parezca allí en carne y hueso, su espíritu, ese curioso concepto, está perfectamente sincronizado con las masas de información que recibe a través de su lente IV3. Está allí, junto a al celador de rostro enjuto y la señora regordeta que trapea por enésima vez el piso inmaculado, pero no está allí. No está entre los cristales del edificio ni entre los salones blancos que lo esperan. Mientras camina está allá, entre los prototipos del Lente Duplicador, el algoritmo de duplicación de sistemas orgánicos, la partida de ajedrez con Álex y los mensajes de Mónica Cárdenas, la gerente de proyectos de Vítreo. Pero tras colocar su pulgar sobre el lector de huellas digitales del ascensor, el reflejo inesperado de sus propios ojos en la puerta metálica le hace sacudirse.

El recuerdo ya ha desaparecido cuando acerca su rostro a un lector ocular que inspecciona su iris. -Lector de iris... como cruzar el Atlántico en un galeón- y sonríe. Pues intuye que el cuerpo será una cosa del pasado. Importará el espíritu, ese curioso concepto. El espíritu y su materia prima: la memoria. Un escalofrío placentero recorre su cuerpo sagaz y le eriza imperceptiblemente el cabello castaño al saberse al origen de un futuro más sabio y justo, un futuro en el que el ser humano trascienda los incómodos límites de la carne.

La doctora Claudia Müller y la gerente de proyectos Mónica Cárdenas, junto a los doctores Manuel Camargo y Rodolfo Ocampo inspeccionan la entrada tardía de Raúl en el laboratorio blanco como el blanco de los ojos que él no quiere recordar. La pulcritud reina en ese universo subterráneo, protegido de los azarosos aguaceros bogotanos y de los ríos de barro y lodo arrastrando carroñas de pájaros y perros. La luminosa fortaleza de Vítreo es hermética a los espantos oscuros que circundan la ciudad con sus jirones de ropas y sus kilos de botella y papel.

Ocasionalmente hay monstruos que se filtran en las holografías del laboratorio, cuando alguno de los doctores sintoniza las emisiones noticiosas y se registran hechos de ese mundo pestilente, o cuando se revisa el origen de los órganos utilizados para crear los tejidos híbridos, pero los doctores saben filtrar las imágenes parásitas y vuelven sin demora a los reinos de la luz inmaculada, a los claros laberintos de la biométrica y la manipulación genética.

Son las ocho y diez de la mañana. El enfado es notorio entre los doctores, pero Raúl Díaz no excusa su retraso. Se sienta junto a Mónica Cárdenas, quien fija sus grandes ojos oscuros en la holografía. Raúl observa detenidamente las pecas de la mejilla izquierda de la gerente de proyectos de Vítreo y contiene el impulso de acariciarle la cabellera rojiza, atada pulcramente con una cola de caballo. Apenas empieza el día y ya es la segunda vez que debe reprimir las pulsiones de su espíritu, ese curioso concepto. ¿O serán las pulsiones de su cuerpo?, se pregunta, pero no se permite divagar y escucha a la mujer, quien no le ha concedido el beneplácito de su mirada.

Gracias al nuevo soporte biológico que se desarrolló la semana pasada —explica pausadamente Mónica Cárdenas, con la calma del buen estudiante en su último día de clase— el tejido que diseñé ya está configurado para adaptarse al ojo y requiere de un tiempo estimado de un minuto mientras genera las conexiones eléctricas con el cerebro. Durante este proceso debe estar a una distancia máxima de 120 centímetros del transmisor, en donde se almacena la información. El transmisor tiene un rango de tres kilómetros de recepción. Será una distancia más que suficiente para convocar al “cliente” y usando nuestra propia señal encriptada evitaremos dejar huellas en internet. La transformación del iris debe ocurrir en aproximadamente 0.75 segundos, este tiempo depende de...

Ese no puede ser el soporte —interrumpe Raúl secamente.

Si hubiese llegado a tiempo, habría entendido que el único soporte con el que podemos trabajar requiere de un híbrido orgánico más avanzado —replica glacialmente Claudia Müller. Su áspera voz y sus ojos menopáusicos tornan aún más tenso el ambiente.

—Mi problema no es entender el tipo de soporte para el replicador... orgánico, sintético, zurumbático... Lo que no soporto es que haya personas afectadas por nuestros experimentos.

El doctor Rodolfo Ocampo se dirige a Raúl Díaz con una sonrisa. Raúl evita la nariz aguileña del doctor y se reconforta con las pecas de la gerente de proyectos. El doctor Ocampo es la estrella del laboratorio y la autoridad de su avanzada edad se impone a pesar de su escuálida figura.

—Primero que todo —empieza su sermón el doctor Rodolfo Ocampo— la gente obtiene un gran beneficio de nuestra parte, lo que lo hace un gran negocio. En segundo lugar, antes que sus admirables preocupaciones por los derechos humanos y la justicia, aquí nos interesa saber hasta cuándo tenemos que esperarlo, recuerde que la fecha de la próxima intervención es inamovible.

Raúl Díaz permanece inmutable frente a las miradas inquisidoras del equipo de doctores. El silencio de las profundidades bogotanas es total.

—¿Para cuándo podemos tener el software? —pregunta el doctor Manuel Camargo. Raúl lo atraviesa con su mirada pero contiene su indignación.

—Un par de días —responde Raúl sin ablandar la voz.

—¿Cuántos?! —insiste en tono marcial la doctora Müller.

—Dos días para programar los códecs —responde el ingeniero Díaz espigando sus hombros—, un día para la prueba final de funcionamiento. Necesito la impresión de los prototipos —concluye dirigiéndose a Mónica, quien al fin se ha dignado a verle.

Mónica Cárdenas mira a Raúl Díaz, mira a Manuel Camargo y se muerde ligeramente el labio superior. Este gesto pasa desapercibido para los demás, acostumbrados a su aparición cada vez que la gerente de proyectos reflexiona intensamente.

—Bueno... —suspira Mónica Cárdenas poniéndose en pie, sin perder un gramo de su elegancia de siempre—. Ya cumplí con mi parte. Este es mi último trabajo. No sigo más.

—¿Qué? —exclaman los doctores Rodolfo Ocampo y Claudia Müller.

—Manuel estaba al corriente —dice mientras toma su cartera y sale del laboratorio.

Los doctores dirigen su estupefacción hacia Manuel Camargo. ¿Es así como se despide una empleada del gerente general y principal accionista de Vítreo? El doctor Camargo levanta la palma de su mano indicándoles que él se va a ocupar del asunto y se retira en el acto.

Los doctores reciben esa palma como una cachetada cínica y dejan también el laboratorio sin despedirse. Raúl Díaz permanece solo mirando al ascensor, pero rápidamente vuelve a la holografía del lente duplicador, maximiza los detalles de la córnea y se sumerge en los microscópicos caminos que harán posible la próxima intervención, el inicio de la revolución biométrica.

Capítulo 2

Una habitación llena de monitores resplandecientes. En esa habitación están convocadas las representaciones luminosas del mundo. De su mundo: en un monitor las oficinas de Vítreo, en otro la panorámica del laboratorio, aquí la Plaza de Bolívar, allá el Chorro de Quevedo, y así se van sucediendo... la Séptima con Calle 26, el Parque Nacional, el restaurante La Florida, CNN y alguna guerra, Dailymotion, Al-Jazeera y alguna guerra, Chūō-dōri en Tokio, aquel puente de Estocolmo, la entrada de las Torres del Parque, la entrada del edificio de su apartamento, su desordenada habitación con la cama mal tendida... El mundo de Raúl Díaz.

Bañado por los diodos orgánicos emisores de luz, Raúl Díaz se sienta en un sillón de cuero frente a su escritorio. Posa su dedo índice en el lector de huella incrustado en el metal y otra pantalla O-LED emerge de una ranura de la mesa, como las hojas de papel salían de las impresoras. Un haz de luz le recorre el rostro. Es la caricia última, el reconocimiento de sus rasgos y sus cicatrices que le da acceso a la sesión. "Llama a Álex", dice, y la llamada se pone en marcha. Ante todo está la palabra: "Hágase la luz, y la luz se hizo", dice el antiguo libro.

Mientras Álex contesta, la mirada de Raúl Díaz se fija en uno de los monitores. Su rostro expectante se ruboriza. La entrada de las Torres del Parque continúa vacía cuando Álex responde:

—¿Aló?

—Hola Álex, ¿cómo vas, lo lograste? —pregunta el ingeniero sin quitar la vista de la misma pantalla.

—Eso creo, pero fue bastante complicado —responde Álex. Su tono es indeciso entre la queja y la satisfacción—. Lo que aún no entiendo es para qué lo van a usar exactamente, pero te cuento que fue muy difícil.

—Era una tarea difícil, yo sé —responde Raúl evadiendo la curiosidad de Álex. “La curiosidad mató al gato”, piensa—. Por eso te pedí el favor, sé que nadie lo podría hacer mejor.

—Raúl, ¿para qué necesitan interpretar frecuencias cerebrales? —insiste Álex.

—Dame un segundo —responde Raúl Díaz fastidiado, nervioso.

Camina entre la habitación presa de una súbita oleada de sangre en su cabeza. Quizás tenía razón su padre, a la gente no hay que darle mucha larga, les da uno la mano y le agarran el codo. Pero es Álex, no es capaz de actuar como se lo dice la memoria paterna y va en busca de un vaso de whisky. Lo toma puro, como le enseñó el coronel, y el fuego en el pecho y el suspiro de fatiga le permiten volver a su puesto, su corazón entre el pasado juvenil y el futuro incierto, los ojos en la entrada de las Torres del Parque, la voz en algún sitio de Bogotá desde donde responde Álex.

—Álex, los nuevos sistemas de seguridad van a usar la memoria personal como clave de acceso —bebe un largo

sorbo—. Lo que has conseguido es una pieza fundamental que va a permitir ofrecer la mayor seguridad posible. Los tiempos de escribir un código de acceso, de poner el dedo índice en un lector de huella o confiar en los patrones del iris son cosas del pasado. Todo eso es comida para los hackers. ¿Pero serán capaces de duplicar los recuerdos de una persona para acceder a su cuenta bancaria?

—Fascinante. ¿Y cuándo lo van a sacar al mercado? — pregunta Álex.

—Pues... veámonos en una hora en la Florida para que me entregues todo en un disco — responde Raúl Díaz mientras se pone en pie—. Te llevo tu parte.

—Listo. Ahí nos vemos.

La conversación termina pero los ecos permanecen en los espíritus de los interlocutores. Álex y Raúl se dirigirán a la Florida en una hora, arrastrados por el caudal del tiempo y por las instrucciones que uno ha dado y el otro ha escuchado. En el fondo, sin embargo, las instrucciones no vienen solamente de Raúl Díaz ni las recibe únicamente Álex. Siempre hay algo más, una fuerza que viene detrás, quizás el destino, quizás otros oídos y bocas participando discretamente de los avatares de la revolución biométrica.

Raúl Díaz saca un maletín de cuero negro de una gaveta de su escritorio y camina hacia la pared, en el único lugar libre de pantallas. Efectúa un signo sobre el muro, como si estuviera escribiendo su firma con su dedo y súbitamente un lector de huella resplandece. Posa su índice y el muro deja paso a un portal hacia el fondo de la pared, en donde dormita una caja de seguridad con una perilla a la antigua. "Mientras se universaliza el uso de los recuerdos como clave de acceso, nada mejor que una sólida Sargent & Greenleaf", piensa complacido mientras opera como el más habilidoso escapista. Entonces se enciende un sensor y

acerca su ojo derecho, el sensor se torna violeta y se abre la caja llena de dinero.

Mientras cuenta uno a uno los fajos de billetes, de espalda a la pantalla de la entrada de las Torres del Parque, aparece la imagen de Mónica Cárdenas, pero su cuerpo y su espíritu (esos curiosos conceptos) no van a revelársele. Y no la ve subir Raúl Díaz, no ve a la ex-gerente de proyectos de Vítreo en el ascensor, tampoco la ve entrar a su apartamento, cuando uno de los fajos se cae al piso y se dispersan los billetes de 50.000 pesos con el rostro de Jorge Isaacs y el ensoñamiento de María lo interpela, como una señal que él prefiere no interpretar.

Capítulo 3

"Fly me to the moon, and let me play among the stars...", retumba en el apartamento del último piso de la torre B. Desde allí la Plaza de toros de Santa María luce como los vestigios de un antiguo anfiteatro romano y la cúpula del Planetario se perfila idéntica a un cliché de platillo volador. Esa nave espacial serviría para escaparse de esta Bogotá vaporosa y densa, la metrópolis post-apocalíptica por excelencia. Ya lo peor ha pasado, los campos se han vaciado, ya el río no puede estar más herido y el Salto del Tequendama más seco. En este panorama de millones de seres abandonados a su suerte, sólo se pueden esperar cosas buenas y allí están las tecnologías de punta incubando al hombre del siglo XXI, menos pesado, omnipresente, espectral.

El hogar de Mónica Cárdenas se impone como un enorme parlante desde donde nace la música. "Let me see what Spring is like on Jupiter and Mars..." y la ex-gerente de proyectos de Vítreo pasa uno a uno los controles de seguridad de su apartamento: los celadores, los lectores de huella, las llaves, el lector de iris, las cámaras de vigilancia y la alarma del apartamento que alguien ha desactivado antes que ella. Manuel Camargo la espera en la sala.

—¿Qué estabas haciendo? —la recibe el doctor sin esconder con su postura una carga de cinismo que inunda el lugar.

—¿Qué haces acá? —pregunta Mónica visiblemente inquieta.

Manuel Camargo le enseña los dientes en una mueca de sonrisa; así desaprueba lo que ella hace desde hace tiempo con su vida. Ella comprende inmediatamente porqué ha venido pero hace perdurar el tenso silencio entre los dos. "In other words, please be tr..." y hasta allí va la voz de Sinatra cuando el silencio se torna desmesurado tras el brusco golpe que ella le da al botón de encendido del equipo de sonido. Sólo permanece el eterno rumor bogotano, tan parecido al océano agitado por una tempestad.

—Quiero que te vayas ya de mi apartamento —ordena Mónica Cárdenas insistiendo en la pronunciación de cada sílaba.

—Has cambiado mucho en muy poco tiempo —replica Manuel Camargo ablandando el tono. Se acerca a ella con un paso felino. Intenta invocar el pasado que han compartido juntos, la pasión que los ha unido y los secretos que ambos conocen—. Perdóname por estos últimos días. Te juro que me alejaré, pero esta intervención depende mucho de ti.

La indiferencia de Mónica Cárdenas es total. Es allí cuando saca sus ases bajo la manga, al revelar una fortaleza de corazón heredada de sus abuelos, quienes con tenacidad imperturbable sacaron adelante una familia numerosa.

Con la misma capacidad de perseverar hasta el final en uno de sus proyectos, con esa misma fuerza tranquila no se mueve un ápice en su decisión de sacar a Manuel Camargo

de su vida. “Hoy es el día de los ex”, piensa la ex-gerente de proyectos de Vítreo.

El doctor Manuel Camargo se acerca un poco más creyendo lograr vencer ese muro de concreto entre los dos cuerpos, entre los dos espíritus. Como un pelotón de soldados en plena emboscada, trepa con fuerza agarrado de los brazos de la ex-gerente y busca torpemente su boca. El rechazo es frontal, “¡vete!” le grita, y si el cuerpo del doctor no se desmorona, sí lo hace su espíritu, esa curiosa idea. Se hubiese desmoronado igual a kilómetros de distancia, ella en Bogotá y él en Seúl. Manuel Camargo la libera y da varios pasos atrás, trastabillando contra la mesa de centro.

—¿Estás segura de lo que estás haciendo? —le pregunta el doctor fingiendo firmeza en la voz.

—Por supuesto.

—¿De qué piensas vivir? —insiste él.

—Voy a trabajar con mi familia en La Florida—responde ella mirando por la ventana.

Aunque la respuesta no convence al doctor Manuel Camargo, aprieta los labios, suspira y da la espalda derrotado. Sale del apartamento y antes de tomar el ascensor mira hacia la puerta: sospecha que no es la última vez que la ve, pero quizás sí ha sido la última vez en que ha sentido el esbelto cuerpo de la ex-gerente de proyectos.

—Recuerda: siempre estaré al tanto de todo lo que hagas —y con esa frase el doctor Manuel Camargo va esfumándose tras las puertas del ascensor.

Tan pronto su figura desaparece, Mónica Cárdenas exhala y rompe en llanto. Se dobla contra la puerta y siente que el pecho se le llena de hielo. Respira, cierra los ojos, piensa

en sus padres, en sus abuelos, en Raúl Díaz. Mira la hora y secándose las lágrimas se sirve rápidamente un vaso de agua, busca un abrigo en el armario y sale a cumplir con una cita definitiva en Bellini, en el parque Bavaria, donde un nuevo destino, una discreta revolución la está esperando.



Capítulo 4

Suele ser la actitud de las parejas recientes, algo de timidez, esa aprehensión de los sentimientos, las marcas del pasado y los anhelos y temores del futuro. Cuando Mónica Cárdenas siente la mano de Raúl Díaz todas sus certezas se vienen abajo, como si se tratara de un poderoso hipnotizador frente a quien pierde sus defensas. Así suele ser y esta vez a ella le toca el duro papel del sometimiento; es una novata en esta posición, pues siempre ha privilegiado las relaciones en las que ella domina. Así ha sido con el doctor Manuel Camargo, aunque las apariencias mostraran otra cosa. Pero ahora el suelo bajo sus pies se ha sacudido y lo que no sospecha es que la Revolución Biométrica ha entrado en juego desde ya en su corazón, pues no solo se trata del ingeniero Raúl Díaz, esta vez la apuesta implica a masas humanas cuyo destino ella puede alterar. Es el destino de las reinas y las primeras damas, gobernando secretamente desde las sombras.

El vino seco entre sus manos, la lluvia como un crepitar bogotano lavando las calles empolvadas de tanta gente, tanta vida desmesurada. Mónica Cárdenas está perdida en ensoñaciones mientras en el restaurante Bellini los comensales discuten, envían fotos de sus platos a amigos a kilómetros de distancia, miran las noticias en las pequeñas pantallas que los acompañan siempre como injertos corporales. Un calvo solitario de lentes oscuros degusta

una cerveza negra e inmóvil parece mirar hacia la mesa de Mónica y Raúl, pero no mira allí, mira allá, más allá, sus ojos ven los fiordos de Noruega y a un encantador de serpientes en Pakistán. Raúl Díaz lo mira de reojo.

Ella responde con una sonrisa dulce, negando con la cabeza. Él llama al mesero a la antigua: levanta su brazo. Pudo ordenar sencillamente deslizando sus dedos sobre el menú, pero hay hábitos que, incluso para él, están arraigados en el cuerpo. Generalmente le avergüenzan. No consigue comprender por qué algunas personas en los tiempos de la música digital siguen aferrados a sus discos y casetes. Él se moriría de pudor si tuviese que salir a la calle con un reproductor mp3.

—¿Cómo te fue hoy? —pregunta ligeramente sonrojado.

—Manuel vino a mi apartamento —responde ella mordiéndose el labio superior—. Me pidió que no me fuera.

Raúl Díaz no sólo es hábil para producir complejos algoritmos y diseñar lentes de realidad aumentada. Su capacidad para leer a las personas es lo que le ha permitido llegar tan lejos y reclutar a los mejores en su campo. Esta capacidad innata la ha ido afinando con los años y quizás por eso siga aferrado a llamar al mesero con la mano; para leer transparentemente a alguien le falta algo corporal, tal vez el olor de una persona, tal vez ligeras variantes de temperatura, eso que las imágenes holográficas y las pantallas no transmiten con eficiencia —y él quisiera trabajar en ello—. Toma la mano de Mónica Cárdenas y la acaricia, a la antigua.

Bajo la mesa frota la pantorrilla de ella. Este poco tiempo juntos le ha permitido conocer las debilidades de la ex-gerente de proyectos de Vítreo. Sigilosamente se quita

su zapato derecho y roza el nylon que protege la piel de Mónica. Su pie va trepando hasta la rodilla sin encontrar resistencia, pero aparece el mesero con el inoportuno vino y entonces Raúl sí que se arrepiente de no haber usado el menú táctil.

El pudor de Mónica Cárdenas tiene sus límites y al recibir la copa de vino tinto, contempla al mesero y piensa en la Florida. Cierra súbitamente las piernas y atenaza el pie de su acompañante, quien con una carcajada le agradece al mesero: “Cámbienos el vino por blanco, por favor”.

El zapato vuelve a su sitio y el vino vuelve a su color y los dientes de ella ya no muerden su labio superior sino los de él. Las manos de Mónica, que habían estado sudando de angustia e incertidumbre ahora se humedecen entre el pelo mojado de Raúl. Mojado de lluvia bogotana: eterna y brillante. Después de la intervención tendremos que alejarnos durante algunos meses —le dice él al oído—.

—Manuel dijo que me mantendría vigilada —responde ella apretándole la mano hasta el dolor.

—Puede ser peligroso —continúa él mientras le recorre el cuello con sus labios. El calvo solitario ya no mira más allá sino allí.

—Sí... Tenemos que aprovechar... esta última noche... —murmura Mónica Cárdenas al oído de Raúl Díaz. ¿La última noche de muchas? ¿La primera de muchas? Y ninguno de los dos sabe la respuesta, pero se reconfortan en la ilusión de eternidad que en ese instante les transmite el cuerpo del otro, el espíritu del otro.

—Ayer, con la doctora Müller, hicimos los últimos ajustes al lente —expone el doctor Rodolfo Ocampo—. Raúl ya le instaló el software así que ahora mismo vamos a hacer las pruebas de funcionamiento.

Los cuatro científicos presentes en el laboratorio de Vítreo procuran ocultar su ansiedad. Cada uno conoce muy bien los motivos personales que implican el buen término de esta prueba y la subsiguiente intervención (o “revolución”, como le llaman para sí Manuel Camargo y Raúl Díaz). Para el doctor Rodolfo Ocampo sería el broche de oro a una exitosa carrera de investigador sobre la interpretación de las señales eléctricas del cerebro. La doctora Claudia Müller obtendría al fin el estatus anhelado a los ojos de su marido, el doctor Ocampo; o, más precisamente, obtendría el imposible reconocimiento de su fallecido padre a través del doctor.

Manuel Camargo y Raúl Díaz, sintonizados en frecuencias idénticas que emiten desde distintos lugares y generan interferencias, llevarían al nivel más alto su pasión por los grandes retos. Sin embargo, los cuatro tienen un objetivo común: llenarse de plata los bolsillos, sacar la pelota del estadio.

Tres imágenes holográficas protagonizan el interés de la prueba de hoy y serán el kit durante la intervención: el lente replicador, el lector de iris y el transmisor. La impresora 3D da marcha a la orden del doctor Ocampo y lentamente empieza a crear el lente replicador. Los cuatro científicos observan el proceso como niños que juegan en el bosque y se tropiezan con una araña construyendo su telaraña. Fascinado, Manuel Camargo le da un espaldarazo a Raúl Díaz, quien le devuelve el gesto duplicando la fuerza.

El lente replicador ya está allí. De la imagen ha surgido el objeto, el cuerpo. De la imaginación de esos científicos “parados sobre hombros de gigantes” nace la realidad. En el caso del lente, es un objeto real que sirve para penetrar en lo virtual, como si lo imaginado y lo sólido fueran cíclicos e indisolubles: el cuerpo y el espíritu.

La doctora Müller toma el lente entre sus dedos envueltos en guantes de látex. Los guantes disimulan la palidez de sus dedos de pianista. Raúl Díaz recibe el lente como si se tratase de las tablas de la Alianza, convencido de que las leyes existen para romperlas; comenzarán por el octavo mandamiento. Se ajusta el lente en el ojo derecho y una lágrima se produce inevitablemente, mientras en la superficie de Bogotá un torrencial aguacero se desata. Una vez seca la lágrima, Raúl les indica con una sonrisa que el lente está en posición.

El lector de iris y el transmisor, dos dispositivos del tamaño de un dedo corazón y un dedo meñique, se materializan a su vez. Continúa la repartición de los dones: la doctora Müller, con solemnidad, le entrega el transmisor a su marido. El doctor Rodolfo Ocampo ubica el transmisor junto a la pantalla y el dispositivo se sincroniza con el computador. La prueba se desarrolla en perfecta normalidad.

El doctor Ocampo no sonríe pero levanta su pulgar.



Finalmente, de las cadavéricas manos de la doctora Müller, Manuel Camargo recibe el lector de iris Eye Safe que luce exactamente igual a sus versiones previas.

Entonces el doctor Rodolfo Ocampo da la orden:

—Manuel, haz la prueba con la doctora Müller.

—Doctora —le solicita Manuel Camargo a Claudia Müller invitándola a acercarse al lector de iris—, piense en lo que estaba haciendo hace cinco minutos.

El ojo derecho de la doctora Müller es escaneado por el lector Eye Safe y Manuel Camargo comprueba que un led se enciende en el dispositivo.

—Si todo sigue saliendo como hasta ahora —dice emocionado el doctor Camargo, dándole un espaldarazo a la doctora—, en este momento la información de su iris y ciertos parámetros de su memoria han sido transmitidos desde esta belleza de aparatito que tengo en la mano hasta el ojo de nuestro colega.

—No lo vaya a apagar —indica el doctor Rodolfo Ocampo—. Ahora voy a hacer como si yo fuera la persona de la caja, acércate Raúl —precisa el doctor y su semblante recuerda súbitamente al de esos niños que juegan al papá y a la mamá.

El doctor Ocampo hace desplegar un lector de iris biométrico junto a su pantalla y Raúl Díaz ubica en el haz luminoso su ojo lacrimoso, su ojo recubierto por el lente replicador. No ocurre nada. Se quedan en silencio durante treinta segundos y la esbelta sonrisa que exhibían se torna en una mueca de desagrado.

—¡Devuélvamelos! —ordena Claudia Müller—. Debe ser que lo ensució al ponérselo.

La tempestad que se ha desatado en Bogotá crea kilómetros de embotellamientos, millones de paraguas de colores hormigueando por las calles y canales desbordados arrastrando cadáveres de fauna urbana. El edificio de Vítreo, por primera vez desde su construcción, sufre de goteras. El laboratorio, sin embargo, permanece a salvo. Pero hasta las capas de concreto más espesas terminarán por fisurarse con la perseverancia del agua, aunque ni los doctores, ni Mónica Cárdenas, ni Álex vivan para verlo.

Raúl Díaz vuelve a ponerse el lente después de que la doctora Müller lo limpia con una solución estéril. Acerca de nuevo su ojo al lector de iris junto a la pantalla del doctor Ocampo y, como en *La naranja mecánica*, forma una tenaza con sus dedos y estira la piel alrededor de sus ojos. De pronto la pantalla comienza a llenarse de datos, cifras e imágenes: es el historial jurídico, bancario y personal de la doctora Claudia Müller. Todos mantienen la respiración.

El doctor Ocampo selecciona en la pantalla una imagen reciente del laboratorio en el que se encuentran, en donde aparecen ellos mismos minutos atrás, una polaroid extraída del cuerpo o del espíritu de la doctora Müller. La proyecta como una holografía y la manipula cual una manzana en la mano. El doctor Ocampo da rienda suelta a su alegría y abraza a su mujer por primera vez en tres años, mientras Manuel Camargo y Raúl Díaz estrechan sus manos sonriendo ampliamente, mirándose a los ojos.

Mientras Manuel Camargo sirve una botella de Shipwrecked 1907 Heidsieck, el famoso champán que reposó durante ochenta años en un naufragio, les explica cómo se desarrollará la intervención, la “revolución”:

—Ya que todos saben que Mónica se va definitivamente —explica al llenar temblorosamente la primera copa con una mano y manipulando un mapa de planos de la torre más Colpatria y de las calles contiguas con la otra— tenemos

que hacer unos pequeños ajustes a nuestro plan. Para reemplazar a nuestra gerente de proyectos, yo tendré la cita en el piso diecisiete con el gerente de PETRA, mientras que Raúl, en el piso de abajo, ejecuta la transacción. Raúl, debes guardar el dinero en el maletín y hacer la transacción mayor a la cuenta Offshore. En ese momento el chofer llegará en el mismo carro que te llevará, en el que deberás irte de inmediato. Fuera de la oficina va a esperar mi auto que llegará veinte minutos después. Nos encontraremos finalmente aquí a la una de la tarde. Rodolfo y Claudia, ustedes dos nos encuentran aquí a la una también. Raúl, tienes que venir puntual a las diez para que cuadremos los últimos detalles. ¡Por el primero de muchos! ¡Salud!

Bogotá se despierta con el cielo encapotado. Los bogotanos que han dormido en sus casas retardan algunos minutos más la salida a la lucha cotidiana, a ese circo monumental de millones de malabaristas, domadores de leones y equilibristas; cada día atravesando la cuerda floja sin red de seguridad que asegure una caída. Existe, sin embargo, otra red: la que transfiere masas de imágenes, palabras, sentimientos y representaciones. Cabalgando en esas ondas electromagnéticas viajan los destinos y las banalidades de millones de bogotanos y se esparcen por el espacio, quizás hasta el cinturón de Orión, quizás hasta el Sol, quizás hasta la licuefacción cósmica dentro de un agujero negro. También están esos que han querido dormir y no lo han conseguido.

En un Mercedes gris va Raúl Díaz vestido impecablemente. El carro se desliza por la circunvalar atravesando suntuosos edificios y tugurios coloridos, ingenieros y empresarios, rateros y recicladores. La cercanía de las Torres del Parque le colma el cuerpo de cálidos hormigueos que vigorizan su cuerpo entumecido por el insomnio y el helaje de los cerros, aunque ella no esté allí y sea inútil detenerse para un último beso antes de desaparecer por tiempo ilimitado. Quizás Mónica Cárdenas ya se encuentre en La Florida, trabajando hombro a hombro con sus padres, reconociendo que el estatus de gerente de proyectos de Vítreo no se

compara a la voz comprensiva de su padre ni a las dulces bromas de su madre.

La mañana avanza y el doctor Manuel Camargo se ajusta la corbata en el piso 6 de la Torre de Colpatria. En el piso 11 se sacude el polvo de los hombros. En el piso 15 sonríe mirando fijamente sus ojos en el espejo. El ascensor se detiene y respira profundamente. Tendrá que jugar el rol del científico seductor e intentar transmitir la confianza familiar inherente a Mónica Cárdenas. No será fácil reemplazarla en su cita con el gerente de PETRA. Son las once y cincuenta de la mañana en el diecisieteavo piso de la Torre Colpatria y en breves instantes, piensa, hará la entrada triunfal en los anales de la revolución biométrica.

Toreando las calles del centro de la ciudad, el Mercedes gris pierde un espejo retrovisor. Fernando Vásquez, gerente de PETRA, bienvenido. Es un eufemismo, el Mercedes gris no lo pierde, se lo rapan. PETRA es la mayor importadora de maquinaria petrolera del país. "¿Dónde revenderán esos espejos?", pregunta el chofer del Mercedes y Raúl Díaz guarda silencio. También es uno de los accionistas mayores del banco. Raúl Díaz saliendo del Mercedes con un maletín negro, "me llama cuando salga" dice el chofer frente a la Torre de Colpatria. Manuel Camargo entrando en la oficina es un eufemismo: está entrando a un sitio más profundo, en el cerebro de Fernando Vásquez.

—El lector de retina Vítreo, usted ya lo conoce. Le quiero enseñar el último avance biométrico, la nueva barrera de seguridad hacia el mundo virtual que hemos desarrollado en nuestra empresa —expone Manuel Camargo en la imponente oficina velada a la ciudad. En una de las persianas se proyectan las imágenes del último safari en Kenya en el que participó el gerente de PETRA. En otra de las persianas aparece un embalse rodeado de bosque que recuerda al Sísiga, pero se trata del Lago Schluch en la Selva Negra alemana, donde pasó sus últimas vacaciones. De

Bogotá sólo se percibe el rumor de tempestad que logra colarse entre los resquicios de las ventanas.

El gerente de PETRA se acaricia el mentón mientras escucha al representante de Vítreo. La oficina huele a diversos perfumes, el suyo, el de la secretaria y el de Manuel Camargo, quien da inicio al mismo ritual que han llevado a cabo en los laboratorios. El duplicador de retina le da el banderazo de salida al identificar que Raúl Díaz ya se encuentra en el edificio. El gerente de PETRA acerca su ojo al haz luminoso sin ninguna aprehensión. El disco duro de Manuel Camargo comienza a llenarse del espíritu o del cuerpo del señor Fernando Vásquez. La cacería de leones y las caminatas en el embalse son transferidas, pero lo más importante, su historial jurídico, sus datos bancarios y sus claves de acceso son extraídos totalmente, con una pericia inigualable por ningún exorcista, hacker ni cirujano. Raúl Díaz y Manuel Camargo presienten el flujo de estos volúmenes de información y se estremecen.

—Hasta el momento usted ha visto lo que cualquier lector biométrico de iris puede hacer —explica el representante de Vítreo—. Ahora permítame un minuto para mostrarle en qué consiste nuestro gran avance.

—Por favor —responde el gerente de PETRA.

Manuel Camargo se concentra en la pantalla de su computador mientras Fernando Vásquez envía mensajes en su smartphone. Nadie deja escapar un minuto en los tiempos de la omnipresencia. Tampoco Raúl Díaz, quien esperaba al asesor del banco encargada de atenderlo a él o, gracias al duplicador de retina, a su efímero álter ego Fernando Vásquez.

La pantalla del representante de Vítreo indica que la transmisión ha sido efectuada. La parte de Manuel Camargo está casi terminada, sólo resta distraer al gerente de PETRA,

por qué no convencerlo sobre las bondades del nuevo servicio de seguridad biométrica, obtener un contrato y así matar dos pájaros de un tiro. La estocada final está en manos de Raúl Díaz en el primer piso, quien ya ha dado el número de cuenta y la suma a transferir al cajero. Cuando solicita doscientos millones de pesos en efectivo el cajero le indica la oficina de su jefe. Allí espera sentado y se prepara para entrar en la oficina del subgerente del banco que los hará ricos a él y a los doctores.

El lente replicador está en posición desde antes de bajarse del carro y está perfectamente sincronizado con la información recibida desde el piso dieciséis. Raúl Díaz escucha los pasos de una persona desde el otro lado de la puerta, un caminar firme con ecos de tacones. El insomnio y los nervios hacen efecto y el sudor le baña la frente. El asesor tose al otro lado de la puerta produciendo sonidos extrañamente femeninos. El picaporte gira, Raúl Díaz alza la mirada y allí está, como una aparición, en el lugar del asesor bancario, Mónica Cárdenas vestida de rojo, la ex-gerente de proyectos de Vítreo dándole la bienvenida. Y detrás de ella, al fondo, alcanza a percibir una figura familiar. Es el coronel, su padre, con el cuerpo inclinado hacia un lado, escrutándolo.

Capítulo 7

—Sigue por favor —dice ella.

—¿Mónica?! ¿Qué haces aquí? —pregunta Raúl Díaz sin conseguir levantarse de la silla.

—¿Mónica? Me está confundiendo señor —responde la mujer de pelo negro—. Siga, lo están esperando para atenderlo.

Él se queda mirándola fijamente. Es Mónica Cárdenas, no hay duda de ello. Es la imagen de la ex-gerente de proyectos de Vítreo, pero no tiene su voz. Tampoco huele como ella. Sin embargo, la visión es perturbadora. Evita ver detrás de ella.

—Perdóneme —dice él—. Se me metió algo en el ojo —y además de quitarse los lentes oscuros, retira de su ojo derecho el lente replicador, parpadea y entornando la mirada ve a la mujer al frente suyo. No, definitivamente no es Mónica. Mira hacia el fondo y lo comprueba: ese no es su papá. Reconocería al coronel hasta en la peor de sus pesadillas.

Raúl Díaz se tranquiliza y comprende lo que está pasando. Es el lente. Debe estar haciendo interferencia con sus propios recuerdos. En efecto, va al baño, se lo pone de



nuevo y al regresar a la oficina del subgerente, éste luce como el coronel y la secretaria como Mónica Cárdenas. “No son ellos, no son ellos”, repite Raúl Díaz enjuagándose el sudor de la frente.

Manuel Camargo, en el piso diecisiete, manipula las imágenes de la vida del gerente de PETRA y selecciona un video del cumpleaños de su hijo menor. Gira la pantalla del computador y le enseña la muestra al cliente. Allí está la familia reunida en un lujoso salón de eventos, con una orquesta cantándole el “Happy Birthday to you” al niño, quien con mucho esfuerzo apaga las velas. El gerente de PETRA, quien ha visto muchas cosas en su vida, no puede ocultar su sorpresa.

—Pero... ¿de qué se trata esto? —dice Fernando Vásquez visiblemente perturbado.

—Por favor, no se asuste —responde el representante de Vítreo—. Estamos en confianza. Seleccione usted mismo uno de sus recuerdos.

El cielo de Bogotá se cubre totalmente y da inicio a una fina llovizna cargada de smog y melancolía. Los pitos en las avenidas y los voceos de los vendedores ambulantes se filtran por una ventana mal cerrada que el gerente de PETRA se apura en cerrar. Sonriendo nerviosamente hace deslizar imágenes del último año de su vida: el paseo por la Selva Negra y el safari en Kenya reaparecen, haciendo eco a las imágenes proyectadas en su oficina. Comprende que desde hace tiempo los recuerdos no le pertenecen solo a él. Mira los campos de golf, el balcón de su apartamento, las rayas de cocaína, sus canarios comiendo alpiste, la bandeja paísa que no logra nunca terminar, a dos jovencitas desnudas sobre una cama matrimonial, a su madre tejiendo, el libro de Virgilio junto al fuego, a sus hijos antes de dormir...

—Esto es muy peligroso — dice seriamente el gerente de PETRA.

—No —responde sonriente Manuel Camargo—. Sólo es peligroso en las manos equivocadas. En manos de Vítreo, sólo usted tendrá el control de sus recuerdos y con ellos, las llaves más seguras para proteger el acceso a su dinero. Sin nosotros, su memoria será muy pronto del dominio público. ¿Cree usted que los biohackers no tendrán esta tecnología? La próxima vez que ponga su ojo en un lector de iris para realizar un pago o una transferencia de millones de dólares, pregúntese si no estará dejando su memoria personal en algún disco duro de Soacha o de Bombay. Para curarse en salud hay que actuar ya, con la garantía de seguridad que en Vítreo le ofrecemos.

“No son ellos, no son ellos”, repite Raúl Díaz al entrar a la oficina del subgerente del banco. La mujer que luce como el cuerpo de Mónica Cárdenas lo invita a sentarse. Tenemos que aprovechar nuestra última noche. El hombre que luce como el cuerpo del coronel le pide que acerque el ojo al lector de retina. Cuando sea grande tiene que ser coronel como yo. El haz de luz barre la retina que luce como la de Fernando Vásquez y el retiro es aprobado. El coronel le extiende la mano y se la aprieta con firmeza a Raúl Díaz, quien al salir a la calle vomita en pleno andén, espantando a los clientes de un carrito de empanadas. Raúl se detiene y aún en el tope de su perturbación toma el lente D2i tan cauteloso como el día de la primera prueba, el lente es su única salida, muy pronto Raúl no será el único portador de su alma.

Cuando llega el chofer en el Mercedes gris, Raúl Díaz abre el baúl, en donde debe dejar el maletín cargado de dinero y el centro de control del D2i. Allí tiene un maletín plateado, más grande, esperándolo. Lo abre y, como una muñeca rusa, aparece un maletín negro idéntico al que contiene dinero. Sólo que en este maletín en lugar de billetes de 50.000 hay

billetes de Tío Rico. Mientras el chofer envía mensajes en su smartphone, Raúl Díaz cambia los maletines de lugar y deja en el baúl el otro, el que tiene dinero para el mundo virtual de Patolandia. Dentro de su maletín plateado reposa el que está repleto de las imágenes de Jorge Isaacs y de María, muy útiles para la revolución biométrica, a la que los doctores de Vítreo no están invitados. Al fin de cuentas, para Manuel Camargo y para él la palabra “revolución” tiene significados muy diferentes.

Mientras el doctor Manuel Camargo embelesa al gerente de PETRA con las bondades de los avances en seguridad biométrica, el ingeniero Raúl Díaz le ordena al chofer que se detenga en la calle del Planetario, le pide que vaya a Vítreo a esperar a Manuel con el maletín y el recibo de la transferencia, y le entrega un billete de cincuenta mil pesos, falso. El chofer desaparece entre los cerros de la circunvalar y Raúl Díaz se monta en un auto acompañado de su maletín plateado como copiloto. Los neumáticos no rechinan contra el concreto. No se escuchan sirenas de policía. Sólo el falso rumor marino de Bogotá después de la lluvia.

CRÉDITOS

TEXTO POR:

Natalia Rivera
Juan Diego Rivera
Pedro Mendoza
Nelson Gasca

ILUSTRACIONES:

Diego Zhaken Ruiz

APOYOS:

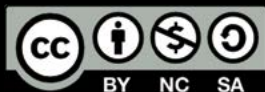


Propuesta posible gracias al Programa Distrital de Estímulos 2014
Cinemateca Distrital - Gerencia de Artes Audiovisuales
Beca Cinemateca de Creación de Narrativas Audiovisuales Transmedia



CULTURA, RECREACIÓN Y DEPORTE
Instituto Distrital de las Artes IDARTES





www.enbusquedabogota.wordpress.com

En Búsqueda Bogotá por Mutante.Lab se encuentra bajo
Licencia Internacional Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0